



EL VIENTO

QUE SOPLA

PILAR PASCUAL ECHALECU

SALVAJE


ESPASA

PILAR PASCUAL ECHALECU

EL VIENTO QUE SOPLA SALVAJE



ESPASA

ESPASA  NARRATIVA

© Pilar Pascual Echalecu, 2021
Autora representada por IMC Agència Literària
© 2021, Editorial Planeta, S.A.
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.554-2021
ISBN: 978-84-670-6152-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Black Print

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Treinta años después de la muerte de mi madre, aquel hombre vino a decirme que en verdad ella había sido asesinada y que todos en mi familia lo sabían desde siempre.

Ocurrió hace dos meses, a mediados de junio. Era domingo, yo estaba en el jardín delantero de mi casa y anocheecía. Las buganvillas se habían apoderado de la entrada incomodando el acceso y estaba podándolas un poco. Fue el único cambio que hice al llegar a la casa después de tanto tiempo, pretendía quedarme apenas un par de días. Un automóvil pasó en ese momento con los faros encendidos. Iban dos muchachos delante y dos chicas sonrientes detrás; una de ellas inhalaba la brisa marina con los ojos cerrados, disfrutando de la sensación de ser joven y libre. Al anciano lo vi justo entonces: me observaba desde el otro lado de la calzada de pie en la acera. No le presté más atención, pero en ese instante se acercó hasta mis rejas y dijo aquello sobre mi madre. Yo me aproximé sobrecogida hasta la cancela de la entrada. Él dio entonces unos pasos hacia ella también. Su traje claro perdió la blancura al absorber el ámbar de la farola más cercana y se pintó de rosa al rozar las buganvillas de la verja. Le reconocí en cuanto se quitó el sombrero: era Víctor.

Me invadió de golpe el aroma del verano de 1918: él tenía entonces cuarenta años, como mi madre; yo, diecisiete. El tiempo le había hundido las mejillas y el pecho y apagado los cabellos, pero sus ojos seguían siendo orgullosos y astutos, y su porte, sofisticado. «La vejez nos roba las fuerzas, pero nada puede hacer contra el carácter», me dije.

Repitió que mi madre fue asesinada y añadió que en su opinión había sido obra de alguien cercano, quizá de la familia. Tenía sus sospechas, pero no pruebas para darme, por lo que no acusaría a nadie concreto. Le recordé, aunque él ya lo sabía, que mi madre había muerto por la dolencia cardíaca que tenía diagnosticada desde niña.

—Eso no es del todo exacto —dijo.

Me irritó. Eso en concreto, todo en general. Él. Presentarse después de treinta años y decirme algo así. Como si su muerte hubiera podido evitarse y yo no hubiera hecho nada para impedirlo, ¿era eso lo que debía entender? De golpe me sobrevino el antiguo malestar: mi saliva parecía arena; el estómago, un acerico acribillado de agujas. Tuve que llevarme la mano al vientre, encogida. Él lo notó e introdujo el brazo entre las rejas para tocarme el hombro.

—No quiero perturbarte, pero ya soy viejo y quería que supieras la verdad —se disculpó, y tosió de un modo que le intuí enfermo—. No hago esto por mí, sino por tu madre.

Fui a echarle, pero, en cambio, le invité a entrar. Pude rodear la casa para llevarle directo al jardín trasero, pero, en cambio, atravesé el interior de la vivienda con él detrás. Tampoco yo hacía eso por mí, sino por mi madre. La casa seguía igual y yo sabía que él no había lle-

gado a verla por dentro aquel último verano, tal como ella hubiera querido. Enseñársela, incluido el jardín, demostró que para mí el pasado solo es pasado. Estoy más que convencida de que fue lo correcto.

Tuve un nuevo acceso en el estómago que apenas contuve. Se me pasó pronto y él no lo notó esa vez: recorría el pasillo observando las distintas estancias a izquierda y a derecha, y los recuerdos revivían en sus pupilas como una sucesión de gotas de lluvia. En un momento dado, me miró y me dio las gracias. Yo aparté la mirada. Es incómodo que los ojos revelen el alma, como si fueran dos puertas por las que cualquiera puede entrar sin permiso en nuestra intimidad.

Al llegar al extremo del corredor, abrió la puerta al jardín él mismo. Lo observó desde el umbral; tardó un poco en reaccionar. Después salió y avanzó por él sin tener en cuenta que yo ya no le seguía. Tras unos instantes largos se volvió hacia mí. Tenía los ojos conmocionados. Le dije que se tomara el tiempo que quisiera y que hablaríamos después. Comprendió algo, lo que fuera, y asintió en silencio. Me retiré para que pudiera llorar a solas. No sé por qué acepté escucharle después de lo que me dijo. Supongo que influyó mi estado de ánimo, el que me trajo a la casa.

Después de un rato, vino a buscarme al interior y me hizo su petición.

—Me gustaría que pusieras por escrito tus recuerdos de aquel verano —dijo—. Tú estabas pegada a tu madre, tal vez cuando los lea consiga saber quién lo hizo...

Víctor —incluso ahora mi mano se resiste a escribir su nombre— se fue después, y desde entonces su petición me ha rondado la cabeza. Han pasado dos meses desde su visita y he dejado de sentirme enfadada por lo

que me dijo. Finalmente me he quedado en la casa más tiempo del que tenía previsto y ahora, acabando el verano, he concluido que para él lo que le sucedió a mi madre fue realmente un asesinato, no una muerte natural. En ocasiones, la ligereza de la mortalidad es insuficiente y la mente se revela buscando un porqué. A veces ocurre eso con la verdad: uno la reconstruye a su manera, la transforma, y ni siquiera es consciente de que lo hace. Es un modo de supervivencia. O quizá no le doy crédito a su teoría porque, habiéndose criado como parte de la familia de mi madre, Víctor fue siempre alguien ajeno. A pesar de sus diversos intentos de contactar telefónicamente conmigo desde que falleció ella, yo nunca acepté hablar ni quise saber qué deseaba de mí.

No obstante, desde que él vino a verme en junio no he dejado de pensar en el último verano de mi madre, después de tantos años sin hacerlo. Si ella no hubiera fallecido entonces, ¿qué recordaría de aquellos meses? Poco, casi nada. Pero murió ahí, en ese cuándo, y es como si ahora mi memoria rebosara de 1918. Me sucede sobre todo por la noche, cuando la actividad diurna deja espacio al pensamiento. Es sorprendente que, entre dos veranos tan distantes, el de ahora de 1948 y el de entonces, resulte tan corta la distancia. A ratos parece que no ha habido más veranos que aquel en toda mi vida. Así es la memoria: va por libre y se aviva con la escritura. Me asombra cuánta precisión brota de ella, pues la mía es de carácter escurridizo, pero para esto parece que tuviera un apuntador de teatro susurrándole al lado. Quizá a la verdad le gusta tanto exhibirse como a la mentira, y por eso ambas lucen en el papel. Así que aquí estoy, escribiendo. No lo hago por Víctor, no pretendo entregarle *mi* verano. Lo hago por mí. Además, de mi memoria no

podrían salir culpables: si mi madre hubiera sido asesinada, yo lo sabría. Todos lo sabríamos.

En mi recorrido de los sucesos casi siempre empiezo por el final: estoy en la playa, en Málaga, de espaldas a la casa familiar. Es la mañana del entierro. El aire húmedo, el rumor brumoso de las olas, el sol quemando. Este recuerdo es más nítido que cualquier otro reciente. He salido a pasear antes de ir al funeral porque algo en la casa me asfixia. Entonces no sé de qué se trata, ahora pienso que era el olor del secreto: todos sabían ya lo que Víctor pensaba sobre la muerte de mi madre y nadie quiso que yo me enterara. Me protegían.

Ajena a esto, me había alejado de la casa y caminaba con los pies desnudos por la arena; de pronto, me tropecé con un cuerpo muerto. Se me enrolló en los pies una madeja blanda y blanca, parida por las olas, y me detuve al reconocer a nuestra gata sin vida, todavía completa y sin descomponer. El mar se la llevó entonces con brusquedad. Al instante me la escupió entre babas espumosas y algas, y pareció que la gata trataba de enroscarse en mis pies como cuando buscaba el cariño, solo que estaba inerte y su sinuosidad pertenecía al mar.

Al final habían matado al pobre animal. Lo comprendí, pero era doloroso: demasiada muerte en dos días. Mi madre había fallecido la noche anterior y ahora me encontraba a su gata tirada como las raspas del pescado. Un despojo más. El que la hubiera matado, me dije, ¿no podía haber esperado un poco? De haberla tenido que sacrificar, yo habría querido enterrarla en nuestro jardín. La gata se había vuelto agresiva, sí, pero en otra escala de valores era una guerrera trágica. ¿No lo era mi

madre también? Ambas habían luchado con fiereza por su vida. «Al final tenías razón, mamá —recuerdo que pensé—. La gata y tú estabais malditas».

Me puse a cavar un hoyo en la arena para enterrarla. Antes de terminar vi a mi aya acercándose con las faldas negras en vilo para no ensuciarse la ropa del entierro. Cualquiera otro día, Frasca —que me había cuidado desde cría y tenía todo un código de leyes sobre lo que yo debía o no debía hacer— me habría reprendido por caminar descalza y mancharme de arena, pero ese día no dijo nada.

—Me manda su abuela a decirle que la esperan, niña —me informó y, queriendo protegerme, añadió—: Pero no hace falta que vaya hasta que usted no esté lista.

Reparó entonces en la gata muerta y negó con la cabeza, sorprendida, en una mueca de desagrado. Frasca sentía repugnancia por la sangre hasta el punto del vómito, pero apretó los labios y se puso a cavar conmigo de rodillas, a sus cincuenta y pico años, como si no hubiese conocido el asco. Incluso colocó ella misma a la gata en el hoyo. Cómo la quise en aquel momento. Cuánto amamos a quien nos da refugio cuando lo necesitamos, convirtiendo para nosotros el mundo hostil en una almohada confortable donde apoyar la cabeza. Cuando nos reconfortan así, nos adentramos en las horas de suplicio con otro ánimo y, al suavizarse la angustia, la tristeza adquiere un sabor dulce que revela que nos acabaremos adaptando.

Frasca ha sido una figura materna esencial para mí. Aceptar la teoría de Víctor me supondría tener que dudar de todos los que querían a mi madre, de todos a los que he querido yo. Sospechar de personas como Frasca. Imposible.

No me separé de mi aya en toda la mañana, no sé qué habría hecho sin ella. Recuerdo que al llegar al cementerio me tenía cogidas las manos; con una me las apretaba y con la otra me las acariciaba. Las manos de Frasca, estropeadas y ásperas, cómo me querían. Al entrar en el recinto, vimos a los Morante junto a la risueña Eva Reina, que apagó su sonrisa al vernos como si esta fuera un pecado. Los García-Pons subían la cuesta al camposanto con alguien desconocido para mí, y algo más allá distinguí a la familia Ferrándiz al completo, junto a los Estébanez.

Qué habrá sido de toda aquella gente. Eternos, vibrantes en mi memoria, recordarles me produce la misma sensación que cuando ves una fotografía antigua. El tiempo se detuvo ahí. Sus nombres no importan para entender la historia de mi madre, pero no puedo evitar que acudan a mi mente. Recuerdo que fueron llegando más amigos, conocidos, vecinos, y que, como suele suceder en estas situaciones, no sabían dónde colocarse o qué hacer. Los más viejos parecían más cómodos. Los menos allegados mantenían charlas discretas mientras aguardaban el momento oportuno para dar el pésame. Mi abuela Cata —Catalina— fue recibiendo a todo el mundo con serenidad y el pesar propio de un entierro, pero temía que no se personara ninguna de las familias importantes por todas las cosas que mi madre había hecho aquel verano, sobre todo en su última noche. Desde luego no esperaba a los célebres Larios, aún dueños de la provincia y a mucha distancia del resto de familias oligárquicas, pero sí a otros con quienes tenía más relación. Debido a mi educación, yo comprendía de forma innata su inquietud, aunque no podía compartirla: ese doble estar, con un ojo en la pérdida de mi madre y con otro en

el empleo milimetrado de ese dolor para ablandar a los de su clase... Creo que fue allí donde empecé a sentir ese extrañamiento hacia ella que ya siempre me acompañó. Finalmente, lo más ilustre de la sociedad malagueña llegó, y según fueron apareciendo los Grund, los Huelin, los Kraüel, los Heredia, los Crooke..., mi abuela se fue poniendo sutilmente alegre, lo que para mí confirió un aspecto incoherente a su tristeza.

Lo que nadie esperaba era que Víctor se presentase allí. Cuando apareció se sintió en seguida el estupor. Se escapó un murmullo del tipo «qué desfachatez», y la mayoría dio la espalda al recién llegado. No pareció que a él le importara, pero en cuanto el bisbiseo llegó a mi abuela Cata, bastó que mirara a Frasca para que esta se apresurara a impedirle la entrada al recinto.

Mi padre no se enteró de nada. Estaba sentado delante del féretro, absorto, con la mirada fija en este. No permitía que nadie le tocara ni le diera la más mínima muestra de consuelo. Paula se le acercó en ese momento, pero mi padre la rechazó otra vez. Ella se resignó. Parecía desamparada. La tragedia había sido tan repentina que la prima carnal de mi madre era la única de esa rama familiar que había podido acudir al entierro. Esa misma mañana yo había escuchado a la abuela Cata y a su hermana, mi tía Clotilde, criticar esta ausencia casi en bloque con dureza.

Más interesada en lo que pudiera suceder con Víctor, me volví para observar a mi aya cerrándole el paso entre las lápidas, los mausoleos y las esculturas del cementerio. Me pregunté cómo iba a reaccionar mi padre si ese hombre insistía en entrar. Todo el mundo cuchicheaba expectante. Víctor escuchó a Frasca y después lanzó una mirada desafiante y fría a mi abuela Cata, pero esta le

ignoró como si no existiera. Él apretó las mandíbulas y finalmente se fue.

La ceremonia aún iba a tardar un poco en empezar, y después de un rato necesité alejarme de tantas condolencias. Salí del cementerio, situado en un montículo, y al bajar la cuesta me encontré a Víctor en la entrada, junto a la casa del guarda. Salvo por el humo sinuoso de su cigarro parecía una estatua, inmóvil entre los dos leones de mármol que aún hoy flanquean el acceso al recinto. Notó mi presencia y, al verme, se dio la vuelta para no molestarme. Le dije que no hacía falta. Sentía curiosidad por él. Siguió fumando en silencio y se dejó observar, cómodo o abstraído, desde luego ajeno a mí. Lucía barba de varios días, pelo moreno con algunas canas incipientes, bien vestido. Era un hombre elegante, pero no había nada clásico en él. De cerca no parecía enfadado, sus ojos tenían un brillo desesperado que me conmovió.

Su dolor me distrajo del mío. Era, por cierto, un dolor frío el que yo sentía. No es que yo no estuviera triste aquel día, pero me sentía descolocada y extraña ante la situación. Para mí la sensación predominante era una ausencia, un vacío hiriente pero aferrado al presente, pues aunque el adiós era para siempre, hay algo en la juventud que pone murallas a la muerte incluso como concepto: que había fallecido mi madre era obvio, pero me sentía alejada del hecho como si mis diecisiete años repelieran esa idea. Supongo que era la conmoción; no solo por su pérdida, sino por todo lo que había sucedido y sabido yo la noche de su muerte.

Creo que Víctor fue a revelarme algo en aquel momento, pues me miró dubitativo y enigmático, como valorando opciones. También había piedad en sus ojos. Eso creo. Si hubiéramos estado más tiempo a solas, tal

vez me habría contado entonces lo que vino a decirme treinta años después.

—Haz el favor de irte, hijo —le suplicó en ese momento Frasca, que había bajado a buscarme sin saber que él seguía allí.

—Haz el favor de no llamarme así nunca más.

Me desagradó que hablara con tal frialdad a Frasca, sobre todo teniendo en cuenta el afecto con el que ella siempre me había hablado de él. Mi aya gimió.

—¿Qué quieres que haga yo? —respondió con los ojos derrumbados.

En ese momento irrumpió tía Clotilde, la hermana de mi abuela, que llegó por detrás con la mirada encendida.

—Vete de aquí, canalla —le espetó—. ¿No has tenido bastante? ¿Quieres desgraciarnos más?

Víctor le clavó una mirada insolente, pero la hermana de mi abuela tenía un carácter muy fuerte y no se arrendó. Le miró retadora, diría que incluso con desprecio, y aguardó, dispuesta a la discusión. Él me miró de reojo y resopló, a punto de estallar. Al final, esbozó una sonrisa sin sonrisa y negó con la cabeza. Tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó y se dio la vuelta. Mientras se marchaba le dijo a mi tía abuela Clotilde:

—Mal asunto cuando el diablo se mezcla con la muerte y los cobardes miran hacia otro lado.

Entonces no le entendí, claro. Ahora me parece obvio que le estaba recordando a mi tía algo que le había dicho ya: que mi madre había sido asesinada.

—Que se vaya y no vuelva —dijo ella a Frasca según se alejaba Víctor—. Bastante dolor ha causado ya.

Yo también me alegré de que se fuera. Frasca apretó los labios y agachó la cabeza. Él se marchó por la aveni-

da de Prías, bajo la mirada desdeñosa de la tía y la quebrantada de Frasca. En ese instante paró junto a nosotros un carruaje, y cuando mi tía vio que del simón descendía el matrimonio Bolín, malagueños ilustres, se apresuró a darles las gracias por haber acudido «a pesar de todo», en alusión a lo ocurrido la noche pasada. Para evitar posibles incomodidades, mi tía cambió en seguida de tema: aunque los Bolín no preguntaron nada —hacerlo habría sido faltar a la discreción—, ella les explicó que el hecho de que mi madre fuera enterrada allí siendo católica, en lugar de en el cementerio de San Miguel, se debía a que siempre había sentido debilidad estética por aquel camposanto protestante.

—Ya saben —continuó mi tía—, «un lugar tan adorable que incluso podría hacerle a uno enamorarse de la muerte».

Los Bolín debieron pensar que aquella era una frase de mi madre, o tal vez de la propia tía Clotilde. Esta era extremadamente culta, y con tal interés por los asuntos literarios y artísticos que daba por hecho que todo el mundo sabía siempre de qué hablaba cuando aludía a alguno de los infinitos datos que brotaban de su mente sin proponérselo. Desde luego no se percató de que los Bolín ignoraban que se refería a una obra de 1892 de la escritora australiana Margaret Thomas, donde describía su pasión por el cementerio inglés. Como para saberlo.

—Ya ven, no fue mi sobrina la primera ni la última en enamorarse de este lugar —añadió mi tía.

Pero no hacía falta que explicara la decisión: todo el que conocía a mi madre sabía de su devoción por los jardines y que aquel era uno de sus predilectos, pues lo visitaba a menudo por el mero gusto de pasear por él. Iba a ser la única católica enterrada en aquel cementerio pro-

testante y, por lo que yo sé, desde ella no ha habido nadie más.

Frasca me hizo volver a entrar mientras seguían llegando caballeros y damas como sombras de oro oscuro, figuras envueltas en ademanes educados y reencuentros protocolarios en voz baja para no romper con la etiqueta de la pesadumbre. Al llegar arriba, la prima Paula me echó el brazo sobre los hombros. De inmediato me desembaracé de él.

—Qué mañana más fría hace, ¿verdad, cariño? —dijo—. Se ve todo tan azul, tan terrible...

Me dije que el cementerio de San Jorge, concebido como un jardín botánico con vistas al mar, no podía lucir terrible aunque quisiera. Me di cuenta de que esas habrían sido las palabras de mi madre. Observé el rostro de Paula, surcado por cicatrices y protegido tras el velo del sombrero negro. Siempre había tenido un encanto delicado, acentuado por su voz suave e insegura. Trató de agarrarme las manos con las suyas. Estaban frías y temblorosas. Las evadí. Ella suspiró, y vi que los ojos se le humedecían a la vez que contraía la boca.

—He dormido muy mal, sabes... —se lamentó—. Toda la noche como si unas mujeres horrendas me chillaran cosas que no debo repetir, qué pesadilla. Pero qué boba soy. No sé cuándo callarme, perdóname. Ni que mi insomnio fuera importante un día como hoy.

Iba a decirle que prefería estar sola, pero entonces me percaté de que mis ojos estaban llorando. Nunca me había pasado eso: no paraban de brotarme lágrimas, pero no las sentía.

Mi padre se incorporó en ese instante y se volvió hacia todos. Estaba sereno, yo no le había visto nunca llorar y quizá por eso a mí no me había salido hacerlo antes.

Tampoco mi madre era de llorar. Ella despreciaba las lágrimas: le gustaba lo trágico, pero no los dramas. Mi tío Alberto, el hermano de mi madre, se me acercó en ese momento por detrás junto a su esposa e hijos. Me rozó la espalda, me dedicó un beso y unas palabras cariñosas.

Nos colocamos en nuestros sitios. El sacerdote procedió. Era un párroco anciano, buen amigo de la abuela. Lo primero que hizo fue bendecir la sepultura, dejando claro así que había accedido a officiar el entierro allí a regañadientes, incapaz de esquivar las influencias de mi familia.

Agradecí la cercanía de mi tío Alberto durante la ceremonia. Al otro lado tenía a Frasca, agarrada a mis manos, y más allá estaban mis otros tíos, los hermanos de mi padre. Después, los amigos y conocidos. Por último, la servidumbre de la casa: la doncella, el chófer, los guardeses y el mozo, su hijo... Adán. Recibí su cariño por mi pérdida con una mirada sencilla y silenciosa, tan llena. Aquel pésame sincero me reconfortó más que el de toda aquella gente ilustre que en verdad apenas conocía a mi madre, y a la que en su mayoría no volví a ver.

El funeral no duró mucho, mi madre quedó enterrada y comenzaron las despedidas. Mi padre, tras intercambiar unas breves palabras con un par de conocidos, se acercó a mi tío Alberto. Siempre se habían llevado bien, por eso me resultó extraño percibir por el rabillo del ojo que mi tío alzaba su mano de un modo suave pero certero: no quería que mi padre se le acercara. Él le miró con el ceño fruncido y procedió a saludar a otras personas que estaban junto a mi abuela.

Al darme la vuelta, vi que mi abuela Cata evitaba a mi padre, y cuando se cruzaban las miradas, los ojos de

ambos parecían forjados en piedra. Mi abuela también se despidió con sequedad de Paula, la prima de mi madre.

Toda la ceremonia de despedida estuvo impregnada de rencores irreparables. Los desplantes de ese día entre los miembros de mi familia quizá fueron demasiado sutiles para ojos ajenos. Sin embargo, yo sentí la sombra, la distancia, las miradas taciturnas y recelosas. En ese momento, justo en ese, supe que mis diecisiete años y la familia que yo había conocido hasta entonces se habían marchado junto a mi madre. Algo había cambiado entre ellos con su muerte.

Recuerdo que de pronto las flores de unos mirtos cercanos volaron hasta caer sobre el moño perfecto de Frasca. Ella se las retiró, molesta, pero se engancharon en su vestido negro. Miró a su alrededor, apurada por algo tan poco importante, tan minúsculo e imperceptible a los demás como esas flores blancas. Pero ella no podía reaccionar de un modo distinto, no podía estar ni un centímetro más abajo de lo que se exigía a sí misma. Me agradó la falta de sorpresa, esa coherencia en su comportamiento. Era la única persona a la que yo comprendía en aquel funeral. Qué instante: Frasca, envuelta por un remolino inesperado de pétalos, del olor de la hierba y de los primorosos mirtos, del fragor del mar, los cipreses, el carrizo de las Pampas y los geranios traídos de Gibraltar, sin saber ella ni saber yo que aquel momento indeleble iba a quedar impresionado en mi memoria para siempre, como cualquiera de los importantes. El tiempo es un borracho incoherente que enreda el pasado con el presente y ríe como los astros, desde la distancia.

Y así acabó el funeral y desapareció mi madre para siempre, dando paso a un recuerdo que nos agitó du-

rante años. Con todo, también hubo momentos alegres ese verano de 1918. Quizá por ello lo que más me irritó de la visita de Víctor hace dos meses es que los recuerdos luminosos que conservo de los últimos días junto a mi madre puedan tintarse de un halo espeluznante por su teoría del asesinato. No la comparto, está equivocado. De todas formas, fuese o no eso lo que ocurrió, yo no tuve la culpa. ¿Qué podía haber hecho? Ni siquiera ahora, con todos los desafectos que mi madre se granjeó aquel verano, puedo contemplar la posibilidad de que alguien quisiera matarla. No puede ser. Que fue asesinada... Qué locura.